

CONSIDERACIONES SOBRE UNA ARQUEOLOGIA ROMANTICA. (La visita a Doñana de Jorge Bonsor).

JESUS FERNANDEZ JURADO

Sección de Arqueología de
la Diputación de Huelva

Escribir sobre el Coto de Doñana no es sólo hacerlo sobre una amplia zona marismeña localizada en la desembocadura del Guadalquivir, sino que es estar inmerso en uno de los territorios que, a través del tiempo, ha sido considerado como lugar donde se localizaba Tartessos.

Esta idea, la ubicación de la cultura tartésica y más concretamente de la ciudad de Tartessos en las Marismas del Betis, ha sido causa y razón de no poca controversia, sin que en la actualidad, a pesar del mayor grado de conocimiento que sobre la materia se posee, haya dejado de ser motivo de discordia.

Porque fue, y es aún en algún caso, la búsqueda de una ciudad- capital del "reino de Tartessos", el motivo de la visita a Doñana de Jorge Bonsor que se recoge en las páginas precedentes, un reino gobernado por el mítico rey Argantonio, del que Heródoto (I, 163) nos cuenta ofreció asilo y dinero a los focenses para su defensa ante el acoso de los persas.

Y lo primero que sorprende, con nuestra mentalidad actual, es el propio título de su trabajo: "EL COTO DE DOÑA ANA (Una visita arqueológica)"; y esa sorpresa se acrecienta cuando leemos su relato, porque en realidad es una auténtica visita, en el sentido que las mismas tenían para los viajeros del pasado siglo y los primeros decenios del actual.

Pero antes de entrar a analizar las razones que impulsaron a Bonsor, como al profesor A. Schulten años antes y más tarde con el propio Bonsor, a viajar e investigar en el Coto de Doñana, así como los resultados obtenidos, hemos de adentrarnos también nosotros en este amplio territorio *"de linderos mutables a través del tiempo; extendidos a donde llegaban las voluntades de los reyes cazadores, Doñana es en su historia una región de muy variables márgenes"* (1).

Y lo es porque ha sido testigo y solar de numerosos acontecimientos que, si bien no han logrado un destacado protagonismo, sin embargo comienzan a tener ahora una mayor consideración en el análisis de la vida privada, uno de los más interesantes ámbitos de investigación de la historia social (2).

Será ésta, por tanto, nuestra intención, rememorar los pequeños acontecimientos que condujeron a Jorge Bonsor hasta Doñana, su estancia allí y las consecuencias que de dicha *"visita arqueológica"* se dejaron sentir en la posterior investigación de Tartessos.

ANTECEDENTES DE LA VISITA.

Sin duda, el incremento del interés por la arqueología que se produjo durante todo el siglo XIX, con la creación de especialidades y escuelas, comenzaron a dar como resultado un cada vez mayor acercamiento a lo que hoy es la Arqueología, es decir, se sentaron las bases y los fundamentos de una disciplina que estaba encaminada, entonces como ahora, a conocer la más antigua historia del Hombre. Y aunque esta finalidad no se ha modificado con el transcurso de los años, sí lo han hecho los márgenes cronológicos en los que se había encasillado esta disciplina científica y humanística a un tiempo, pues ahora, en realidad, no existe un límite para la actuación arqueológica, siendo ésta, en nuestra opinión, una técnica, un procedimiento, que nos sirve para obtener los datos necesarios que nos ayuden a conocer el devenir histórico de la Humanidad, sea cual sea el momento cronológico del que se trate.

Quizá la situación actual a la que nos referimos no sea más que el resultado del movimiento pendular que, a lo largo de los años, ha hecho enmarcar a la Arqueología en parámetros determinados, olvidando en ocasiones que los artefactos hallados, los materiales y evidencias arqueológicas son, ni más ni menos, el reflejo que nos queda de la vida de los grupos

humanos que los fabricaron y usaron, proporcionándonos al mismo tiempo los únicos elementos susceptibles de ser analizados en nuestro intento por alcanzar el conocimiento perseguido.

En el sentido expuesto, es evidente que las distintas posturas que los arqueólogos mantenemos a la hora de llevar a cabo nuestra investigación está, en mayor o menor medida, influenciada por las distintas corrientes, tendencias o escuelas que, en cada momento, marcan la pauta del análisis histórico. Y si esto es así hoy y difícilmente creemos pueda modificarse en el futuro, igual ha sucedido con anterioridad y quizás más acusadamente en el pasado, cuando la doctrina científica, el aparato teórico y el ámbito del conocimiento no sólo era casi inexistente, sino que en gran medida estaba por definir.

Pero la situación, como hemos apuntado, cambió en el transcurso del siglo XIX y al mismo tiempo comenzó a desarrollarse el interés por la arqueología de cada país, como consecuencia evidente de los nacionalismos que tanta difusión e importancia tuvieron en aquella época; aunque, no obstante, el romanticismo influyó también decisivamente en el desarrollo de la arqueología, pues el interés de los románticos por viajar a países y sociedades exóticas, alejadas en el tiempo y las costumbres de sus propios hábitos, dió lugar al conocimiento de gloriosas ruinas que, al mismo tiempo y de forma colateral, fomentaron el interés por el estudio de la Antigüedad y en consecuencia facilitaron la difusión de la disciplina arqueológica, y no sólo en los ambientes académicos y universitarios.

Las circunstancias expuestas dieron lugar a que también en España los estudios arqueológicos continuaran las tendencias del resto de los países, aunque en principio y en gran medida estos estudios estuvieron protagonizados por investigadores extranjeros, lo cual parece poder explicarse por varias causas.

De una parte y acabamos de citarlos, los viajeros románticos que acudieron a España fueron de los primeros en dar a conocer los vestigios arqueológicos, fundamentalmente de carácter monumental, que existían en nuestro país y que hoy día, por desgracia, han desaparecido en gran número.

De otra parte, la masiva explotación de los recursos mineros del sur peninsular por parte de compañías extranjeras, facilitó la llegada de ingenieros que, además del lógico interés por las minas, tenían la inquietud por el conocimiento de las explotaciones antiguas y las

técnicas para ello empleadas. Ejemplo de esta realidad son los magníficos trabajos y estudios que llevaron a cabo en el SE peninsular los hermanos belgas Enrique y Luis Siret, especialmente este último.

Igual sucedió en el occidente andalúz, donde la explotación de las minas de Riotinto, por una compañía inglesa, permitió la localización y estudio de numerosas evidencias arqueológicas.

Es en esta época de los últimos decenios del pasado siglo y en los comienzos del actual, cuando se produce en nuestro país una auténtica eclosión del interés por la arqueología, cierto que con relativo retraso respecto de otras naciones europeas y, como ya hemos señalado, con un casi total monopolio por parte de los estudiosos extranjeros, produciéndose durante esos años un auténtico aluvión de publicaciones arqueológicas sobre España. Sería prolijo citar a todos y cada uno de los investigadores y sus trabajos, pero no es posible pasar por alto a E. Cartailhac, P. Paris o E. Albertini.

Pero, junto a estos eminentes y eruditos investigadores comenzaron a aflorar los estudios de aquellos que, quizás sin saberlo, comenzaban a establecer los cimientos de la arqueología española e injusto sería no citar a un auténtico pionero como D. Manuel de Góngora, cuya obra *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, publicada en 1868, fue indispensable punto de referencia.

Y en este ambiente, que perduró en el tiempo y dió lugar a que comenzara con el presente siglo a legislarse en materia arqueológica en España, encontramos a Jorge Bonsor, un francés nacido en Lille, pero de nacionalidad inglesa y afincado en Mairena del Alcor (Sevilla), que en 1899 publicó en París una obra fundamental: *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*, síntesis de sus numerosas investigaciones en el área de Los Alcores de Carmona (Sevilla), a las que acompaña de un análisis de la costa andaluza y del Guadalquivir, un río que estuvo presente siempre en sus investigaciones.

El desarrollo de los trabajos de Jorge Bonsor evidencian la transformación que ya a fines del siglo pasado y durante el primer tercio del actual, se estaba produciendo en la arqueología y en la que aún se aprecian restos de las tendencias de escuelas decimonónicas, sobre todo la filológica.

Es ésta una corriente investigadora que fundamenta su actividad en el análisis minucioso de las fuentes escritas, para con posterioridad intentar reconocer en la geografía del momento las referencias del texto escrito en la Antigüedad. Y, ciertamente, esta línea de investigación obtuvo sonados éxitos, entre los que destacan las localizaciones de Micenas y Troya, ambas llevadas a cabo por el alemán Schliemann.

Es indudable que el estudio de cualquier dato o circunstancia que permita localizar un yacimiento es tarea obligada de todo arqueólogo y, en este sentido, las fuentes escritas no pueden ser desdeñadas, pero tampoco creemos deban ser tomadas como único elemento de análisis, lo que por desgracia ha ocurrido y sigue sucediendo en más ocasiones de las que sería oportuno tuvieran lugar. Y es que no podemos olvidar que los textos son obra de individuos que, con su subjetividad e inmersos en su tiempo, transforman la realidad que describen, aún a pesar del intento de ser objetivos, lo que no siempre es el fundamento en todos los autores.

Sea como fuere, la realidad es que en Bonsor se produce una dualidad interesante y que es reflejo de una actitud ciertamente científica, pues aún el estudio de las fuentes con su constatación arqueológica, actitud que seguirá manteniendo en su visita al Coto de Doña Ana, tratando de encontrar Tartessos; visita que estuvo precedida por un recorrido de la costa onubense más cercana a Doñana y cuyo objetivo era localizar el presumible y desaparecido brazo occidental del Guadalquivir (3).

Un viaje sugerido, según sus propias palabras, por el académico D. Antonio Blázquez Aguilera, que había estudiado la geografía histórica de nuestro país y publicado una nueva interpretación de la *Ora Marítima* de Rufo Festo Avieno (4).

Pero, antes de explicarnos su viaje a la costa de Huelva, Bonsor hace en su escrito un minucioso recorrido por el viejo periplo, poema que ha sido y sigue siendo utilizado como base para la localización geográfica de Tartessos.

Y aquí entra nuestro autor de lleno en la más clara tendencia filológica de la investigación, opinando sobre la fiabilidad del texto a analizar y contradiciendo así a aquellos que opinaban no era posible identificar la costa actual mediante el poema de Avieno, dadas las numerosas modificaciones que en la misma se han venido sucediendo a lo largo del tiempo. Pero, sin duda, es mejor que leamos sus propias opiniones (5):

"Plusieurs interprètes de l'Ora maritima ont reconnu qu'à partir de l'embouchure du Guadiana vers l'est, les Instructions nautiques modernes confirmaient, parfois, d'une manière remarquable, les données du vieux périple. Il s'ensuivait qu'une reconnaissance du littoral actuel s'imposait; c'est ce que je me proposais de faire, malgré l'objection de ceux qui croient que ces côtes ont complètement changé depuis ces temps reculés. Je savais, cependant, par mon étude sur les villes antiques du détroit de Gibraltar, que depuis les Romains le littoral n'avait guère souffert de changement; nous verrons qu'il en est de même en ce qui concerne ces côtes, depuis plusieurs siècles avant notre ère. On comprendra que les golfes et les promontoires mentionnés par Strabon et avant lui par l'ancien périple phénicien sont toujours les mêmes, qui se déversent dans l'océan; la ville antique disparaît, mais le ruisseau, dont la source alimentait jadis ses fontaines, rendu à sa liberté primitive, s'écoule aujourd'hui à travers les ruines, dans la direction de la mer. Quant aux massifs montagneux de l'intérieur, qui de tous temps servirent de points de repère à la navigation, on comprendra que ceux-là n'ont pu changer".

(Numerosos intérpretes de la *Ora marítima* han reconocido que a partir de la desembocadura del Guadiana hacia el este, las *Instrucciones náuticas* modernas confirman, algunas veces, de manera notable, los datos del viejo periplo. De lo que se derivaba que un reconocimiento del litoral actual se imponía; esto es lo que yo me propuse hacer, a pesar de la objeción de los que creen que estas costas han cambiado completamente desde tiempos lejanos. Yo conocía, ahora, por mi estudio sobre las poblaciones del estrecho de Gibraltar, que desde los Romanos el litoral no había sufrido apenas cambios; nosotros veremos que es lo mismo en lo que concierne a estas costas, desde varios siglos antes de nuestra era. Se comprenderá que los golfos y promontorios mencionados por Estrabón y antes que él por el antiguo periplo fenicio son siempre los mismos aunque con nombres diferentes. Lo mismo se puede decir de los cursos de agua, de los mismos arroyos, que vierten en el océano; la población antigua desaparece, pero el arroyo, cuyo manantial alimentaba antaño sus fuentes, recupera su libertad primitiva,

fluyendo hoy a través de las ruinas, en dirección al mar. En cuanto a los macizos montañosos del interior, que en todos los tiempos sirvieron de puntos de referencia a la navegación, se comprenderá que éstos no han podido cambiar”).

Sin embargo y a pesar de su clara disposición a reconocer la costa onubense de la mano del periplo, parece que su inconsciente le traiciona y le hace decir “*que ... le littoral n'avait guère souffert de chanement*”, opinión que él mismo corrobora, de manera implícita, cuando escribe (6):

“On a observé, seulement, que des îles très rapprochées se sont unies au continent, que des estuaires ainsi que de grands lacs voisins de la plage, sont aujourd'hui à sec, mais encore faciles à reconnaître. Les plus grands changements survenus s'observent à l'embouchure des fleuves, du Guadalquivir surtout, dont l'altération est probablement due à ses nombreux débordements et aux tremblements de terre assez fréquents en Andalousie”.

(“Hemos observado, únicamente, que las islas muy cercanas se han unido al continente, que los estuarios así como los grandes lagos cercanos a la playa, están hoy secos, pero también son fáciles de reconocer. Los cambios más grandes que se han producido se observan en la desembocadura de los ríos, del Guadalquivir sobre todo, en el que la alteración es debida probablemente a sus numerosos desbordamientos y a los bastantes frecuentes terremotos en Andalucía”).

Su recorrido por la costa de Huelva y su posterior descripción es minuciosa y muy detallista, sin que falten las apreciaciones de tipo humano respecto de las gentes y lugares que encuentra, todo ello dentro del más claro concepto del viajero decimonónico, descripción que se hace más intensa al hablar de la colonia de veraneantes asentada en Matalascañas, en la que él mismo se aloja (7), y de la que destaca, negativamente, la falta de asistencia médica en el lugar.

Pero es curioso observar en su relato cómo oculta a los bañistas de Matalascañas las razones verdaderas de su viaje y se hace pasar, ante sus compañeros de alojamiento en una de las chozas que componen el poblado, por un ingeniero, lo que ellos interpretan como posibilidad de que esté estudiando un proyecto de instalación eléctrica en el lugar (8).

No acabamos de entender el por qué de esta situación, pero lo cierto es que no obtuvo el permiso de los propietarios para excavar en el cercano Coto de Doñana, objetivo último de su viaje, al tiempo que afirma saber que los guardas del Coto estaban prevenidos contra la intrusión de los arqueólogos (*"j'appris que les grades du "Coto" avaient été prevenus contre l'intrusion des archéologues"*).

Parece que, de antiguo, la presencia del arqueólogo ha suscitado la desconfianza en los propietarios de los terrenos objeto de posibles excavaciones, debiendo siempre explicar pormenorizadamente las razones exclusivamente científicas de su intervención en el subsuelo. Las causas de esta situación se nos escapan, pero no hemos de olvidar la imagen negativa que, también desde siempre, ha dado el *buscador de tesoros* y con el que, por desgracia, nos confunden a veces.

Pero, hemos de volver a Bonsor y a su decepción por no poder investigar en el Coto de Doña Ana, una decepción que intenta paliar observando a los jóvenes y risueños veraneantes de Matalascañas, que pasaban su tiempo jugando en la arena *"comme les picaros de Zahara de los Atunes que décrit Cervantes"*, o hablando con el resto de los bañistas mientras beben, en sus propias palabras, el *"excelente vino de El Condado"* (9).

Esta imagen sosegada y descriptiva del lugar no le impide, sin embargo, seguir pensando en Tartessos, en su misterio, en la importancia de su puerto como punto de entrada hacia el interior de Andalucía de un rico comercio, en los fenicios que llegaron a sus costas y en tantas otras imágenes que se agolpan en su mente a la orilla del Atlántico.

Y esa situación, hasta cierto punto emocional, se ve completada con la visión de la propia realidad que, de manera inconsciente pero lógica, mezcla con su idea, con su mito, cuando escribe:

"... mon attention fut attirée vers la plage où je vis s'avancer une troupe de gens conduisant trois jeunes veaux: qui furent aussitôt attachés à de grands poteaux plantés sur la grève; c'était l'abattoir de la colonie. Des bouchers, les bras nus, immolèrent cérémonieusement ces victimes, sous les yeux du public, devant l'immense océan, au moment où le soleil descendait sur l'horizon et illuminait la pseudo-Tartesse de ses derniers rayons".

("... mi atención fue atraída hacia la playa donde ví avanzar un grupo de personas conduciendo tres jóvenes terneros: que fueron enseguida amarrados a grandes postes clavados en la playa; era el matadero de la colonia. Los carniceros, los brazos desnudos, inmolaron ceremoniosamente a estas víctimas, bajo los ojos del público, ante el inmenso océano, en el momento en que el sol descendía sobre el horizonte e iluminaba la pseudo-Tartessos con sus últimos rayos").

Quizás esta imagen y la imposibilidad de excavar en Doñana, sean las razones que expliquen el sabor amargo que se desprende del lacónico párrafo con que finaliza su escrito (11):

"Le lendemain, avant l'aurore, je quittait Matalascañas, me dirigeant vers Sanlúcar de Barrameda et Bonanza où je devais m'embarquer pour remonter le Guadalquivir jusqu'à Séville".

("Al día siguiente, antes del amanecer, abandoné Matalascañas, dirigiéndome hacia Sanlúcar de Barrameda y Bonanza donde debía embarcarme para remontar el Guadalquivir hasta Sevilla").

LA VISITA.

Alusión hemos hecho a la desconfianza que genera, en los propietarios de terrenos con posibilidades de investigación arqueológica, la presencia de un arqueólogo; situación

que, como apuntamos, es más habitual de lo deseable y que sólo parece pueda ser eliminada mediante la intercesión de terceras personas ante los propietarios, al objeto de que éstos permitan efectuar las investigaciones pretendidas por los arqueólogos.

Y éste fue también el caso de Bonsor respecto al Coto de Doñana, pues sólo la intervención del Marqués de Cerralbo ante el Duque de Tarifa, entonces propietario del Coto, hizo posible la *visita arqueológica a Doña Ana* del investigador anglo-francés.

Y no es esta una presunción o conjetura que nosotros hagamos a partir de la lectura de sus escritos, sino que es el propio Bonsor quien relata estos acontecimientos, tal y como sucedieron, en la nota 1 de la página 3 que en las precedentes reproducimos. Y cierto es también, como el propio Bonsor cita igualmente, que una vez conseguida la autorización de los propietarios, éstos suelen dar todo tipo de facilidades y ayudas a los investigadores.

Pero, debemos introducirnos ya y de forma directa, en la *visita arqueológica* que nos ocupa.

Al igual que en otras ocasiones, Bonsor nos relata su viaje aguas abajo del Guadalquivir desde que embarcó en Sevilla, al tiempo que, como también es norma en él, nos describe con cierto detalle las poblaciones que encuentra jalonando las orillas del río, antes de entrar en las amplias marismas del Guadalquivir *que se extienden varias leguas hacia el Oeste* (12), extenso territorio que en tiempos fue el *Lacus Ligustinus* de la *Ora Maritima* y donde desembocaba el río *Menoba*, hoy Guadiamar, que en la actualidad desagua en el propio Guadalquivir.

Y en este recorrido no podemos pasar por alto la referencia de Bonsor a cuatro poblaciones, existentes *desde aquellos tiempos tartesios* (13), como son *Ebura* (Cortijo de Eborra cercano a Sanlúcar de Barrameda)(14), *Hasta Regia* (Mesas de Asta, próximo a Jerez de la Frontera)(15), *Nabrissa* (la actual Lebrija)(16) y *Vgia* (hoy ocupado por las ruinas del Castillo de Alocaz en la provincia de Cádiz), porque todos ellos han ido proporcionando, con el tiempo y la investigación correspondiente, los datos arqueológicos que han venido a confirmar las citas del viejo periplo y las del propio Bonsor, dando con ello cumplido refrendo a la realidad e importancia de la zona durante la protohistoria peninsular.

El primer día de Bonsor en Doñana supone, hasta cierto punto y según se desprende de su propio relato, un pequeño desencanto, pues al hecho de que el ingeniero que lo acompañaba tuviera que abandonarle en Bonanza, se ha de sumar su comprobación de que el *Montón de Trigo* no era un túmulo como él esperaba, idea quizás condicionada por sus trabajos en años precedentes en las tierras de Carmona (Sevilla)(17), sino el lugar donde se localizaba un poblado romano, que años más tarde será objeto de excavación arqueológica por él mismo como por el profesor A. Schulten en busca de Tartessos.

Este poblado tiene un doble interés, pues a su conocimiento como hábitat de pescadores romanos se ha de sumar el hecho de que tras su descubrimiento en 1902, de sus piedras se sacó la cal para los nuevos edificios de La Marismilla.

Y aquí la realidad se mezcla con la tradición y la leyenda que rodea al Coto de Doña Ana o de Doñana, que toma su nombre de Doña Ana Gómez de Mendoza de Silva y de la Cerda, hija de la Princesa de Eboli, Doña Ana Mendoza de la Cerda, y esposa de Don Alonso Pérez de Guzmán, VII Duque de Medina-Sidonia y Almirante de la *Armada Invencible*.

No existe la menor duda sobre el uso de las piedras del poblado romano del Cerro del Trigo, para obtener la cal necesaria en las nuevas construcciones ya citadas, que lo fueron en el Palacio de La Marismilla para Bonsor (18) y en el de Doñana para autores más modernos (19). Sea como fuere, lo cierto es el conocimiento que, desde años antes de la llegada de Bonsor a Doñana, se tenía de la existencia de vestigios arqueológicos en el Coto, causa y razón probables de las reticencias del Duque de Tarifa a que los arqueólogos entraran en su propiedad, por otra parte muy visitada, dado su alto interés cinegético, por la Casa Real Española en aquellos años, en la persona de Alfonso XIII, así como en siglos precedentes por miembros de la nobleza y de la Casa de Austria, más concretamente por el rey Felipe IV, cuya visita a Doñana se enmarca en el viaje que el entonces joven monarca realizó a Andalucía en 1624 y de la que Bonsor nos da suficientes detalles en su relato (20), un viaje en el que la fiesta de los toros estuvo presente en todos los lugares que visitó el rey, incluida la propia Doñana (21).

Y no es accesoria la importancia de la caza en el Coto de Doñana, pues durante largo tiempo se le había conocido como la *isla de caza del Duque de Medina*, lo que lleva a Bonsor a asegurar que era la correspondiente a "*la antiquísima de Tarshish o Tartessos*" (22), una afirmación que directa o indirectamente mantendrá a lo largo de su escrito.

Es esta la idea que subyace de manera constante en el relato correspondiente al tercer día de su estancia en Doñana, cuando recorre las distintas lagunas que, de Este a Oeste y siguiendo una hipotética línea paralela a la costa, le sugieren son los restos del brazo desaparecido del Guadalquivir y que rodearía a la isla de Tartessos. Un pensamiento éste, el de haber localizado el brazo más occidental del río, que intenta reafirmar con la opinión del guarda del coto que le acompañaba y que al verlo meditar afirma: "*Este es seguramente el brazo del río que usted busca*" (23).

Como vemos, el deseo de nuestro investigador, a veces un estricto científico y en ocasiones un auténtico y típico viajero romántico, por encontrar Tartessos le lleva a hacer conjeturas, cuando no afirmaciones categóricas, como las expuestas en las líneas precedentes.

Pero lo que podía ser alegría se convierte en desconsuelo, cuando Bonsor comprueba el inmeso mar de arenas que el viento de poniente empuja incansable hacia el interior de las lagunas que había recorrido, desilusión que se incrementa ante las respuestas negativas de los guardas del Coto, que de forma constante y reiterativa afirman no haber encontrado nunca ningún vestigio que indique la existencia, en aquel lugar, de ningún núcleo de población.

La falta de evidencias objetivas y tangibles no hacen, sin embargo, que Bonsor dude de su hallazgo y continúa afirmando es en aquel lugar donde se encuentra enterrada Tartessos, que sólo mediante "*difíciles y costosas excavaciones*" (24) podría ser puesta al descubierto; y para defender su propuesta vuelve, como antes había hecho en su obra *Tartessos*, a recurrir a un análisis exhaustivo y pormenorizado de la *Ora Marítima*, al tiempo que utiliza y cita el hallazgo en 1887 de un sarcófago púnico en Cádiz, para explicar la veracidad geográfica del periplo y su íntima relación con el establecimiento fenicio de Gadir, completando su interpretación con las aportaciones que otros autores clásicos hicieron sobre la ciudad de Tartessos.

Tras varios días de estancia en Doñana, Bonsor decidió partir con la convicción de haber logrado establecer con exactitud el lugar donde se encontraba Tartessos, la región, el río, la ciudad; pero, argumentando sobre la dificultad de su excavación y recurriendo a los terremotos, en lo que parece ser una constante en su actividad investigadora (25), para explicar hechos que no alcanza a hacer de otra manera.

Ya hemos visto cómo en su visita a Matalascañas, anterior a la realizada a Doñana, argumentaba que los frecuentes terremotos de la región andaluza habían ayudado, junto con las inundaciones, a modificar la desembocadura del Guadalquivir (26), siendo sólo un terremoto también el que, en su opinión, podría poner al descubierto las ruinas de Tartessos que, también dice, debió ser la causa de la desaparición del brazo del río que el afirmaba haber localizado (27).

Pero, al igual que en su anterior viaje a las costas de Huelva, también hubo de marcharse Bonsor con una cierta amargura, pues si bien presume estar convencido de la localización del brazo muerto del Guadalquivir, sólo se atreve a proponer la probable ubicación de la ciudad de Tartessos, circunstancias ambas que le permiten cierto optimismo frente a la desafortunada visita que años antes, en 1910, había realizado a la zona el profesor Schulten, el cual no había encontrado *"el brazo muerto del río ni el asiento de una ciudad"* (28), según afirma en carta dirigida al propio Bonsor.

A nuestro protagonista, en definitiva, sólo le queda afirmar que sus estudios y observaciones sobre el terreno le permiten indicar el probable emplazamiento de la ciudad buscada, pero que sólo la prueba arqueológica permitirá que Tartessos deje de ser *"jan misteriosa como al empezar estas investigaciones"* (29).

CONSECUENCIAS DE LA VISITA.

Finalizando el verano de 1922, dos años después de su primera estancia en Doñana, Bonsor volvió al Coto acompañado por el profesor Schulten y el general Lammerer, habitual colaborador del investigador alemán y que se encargaría de efectuar los trabajos topográficos.

El objeto de esta nueva visita era excavar en el Cerro del Trigo, para lo cual habían recibido ya la oportuna autorización del Duque de Tarifa, que también les facilitó el alojamiento y colaboró en el pago de las excavaciones (30), que abarcaron el período comprendido entre 1922 y 1926.

Pretendían, como ya ha quedado patente, localizar Tartessos en el Coto de Doñana, pero los trabajos a pesar de las esperanzas puestas dieron resultado negativo, pues ni los montones de escoria que Bonsor había localizado en su primera visita en diversos *corrales* (la Arca, la Cita y la Herrería)(31) resultaron ser antiguos sino muy recientes (32), ni las excavaciones en el Cerro del Trigo proporcionaron evidencias prerromanas, sino que pusieron al descubierto un poblado de pescadores romanos, poseedores de una pequeña instalación de piletas para salazones. Parece evidente y en ello insiste Bonsor (33), que esta reducida factoría hay que ponerla en relación con el gran núcleo que fue *Baelo Claudia* (Bolonia, Tarifa).



(Grupo de obreros de Almonte que participaron en las excavaciones del Cerro del Trigo en Doñana con A. Schulten. Foto L. Claus)(Colec. K. Claus).

No obstante los años de excavación y la amplitud de los trabajos efectuados sobre una superficie total de unos dos kilómetros cuadrados (34), no fue posible hallar evidencia alguna que pudiera ser puesta en relación con Tartessos y, sin embargo, tanto Bonsor como Schulten, siguieron pensando y afirmando era en el Coto de Doña Ana donde debió encontrarse tan importante ciudad.

Sea como fuere y sin entrar en disquisiciones que a poco o nada nos llevarían, lo cierto es que los trabajos de Bonsor y Schulten en Doñana sirvieron, y aún hoy sirven, de obligada referencia para todos aquellos que, de una u otra manera, analizamos el mundo tartésico, bien sea porque se participa de las ideas de aquellos en cierto modo pioneros de la investigación de esta cultura, bien porque a la luz de las nuevas investigaciones tengamos la oportunidad de poner en crisis sus teorías. Porque como Bonsor decía (35):

"Si no hemos descubierto el sitio que ocupó Tartessos, nos queda la satisfacción de haber indicado sobre el mapa los numerosos puntos excvados, donde con toda seguridad se sabe que no está... Otros vendrán, y siguiendo nuestras indicaciones, puede que tengan más suerte".

Una suerte que a ellos se les negó y que a pesar del reconocimiento de arqueólogos y científicos en general, no les satisfizo lo suficiente, máxime cuando ni siquiera la prensa, como relata el propio Bonsor (36), se hizo eco de los trabajos y ni tan siquiera publicó los escritos por él enviados.

Quizás la suerte, que fue esquiva con Bonsor y Schulten, haya sido más generosa con nosotros y nos esté proporcionando las evidencias arqueológicas de Tartessos. Nuestras excavaciones durante la década de los ochenta en la actual ciudad de Huelva así parecen ponerlo de manifiesto (37).

Pero nuestros hallazgos no vienen a corroborar las hipótesis de estos antiguos investigadores, pues no creemos haber hallado la ciudad-capital del reino de Tartessos, ya que

no participamos de esa línea de pensamiento, sino que creemos haber hallado el emporio con el que, tras los fenicios, comerciaron los griegos, los focenses, después del primer contacto establecido por el samio Colaios (Herodoto IV, 152).

NOTAS

1. J. A. Fernández. *Doñana*. Ed. Olivo. Sevilla 1974, p. 6.
2. M. Perrot (Dtor.). *Historia de la vida privada*. Ed. Taurus. Madrid 1989.
3. J. Bonsor. *Tartesse*. The Hispanic Society of America. New York 1922a.
4. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, pp. 3-4.
5. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, pp. 1-3.
6. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 3.
7. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, pp. 64-65. En la actualidad, Matalascañas se ha convertido en un núcleo turístico de gran magnitud.
8. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 66.
9. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 67.
10. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 69.
11. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 69.
12. J. Bonsor. "El Coto de Doña Ana (Una visita arqueológica)". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid 1922b, p. 4.
13. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 5.
14. J. M. Carriazo. *Tartessos y El Carambolo*. Ed. Nacional. Madrid 1973, pp. 326-420.
15. M. Esteve Guerrero. "Asta Regia: una ciudad tartésica". *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona 1969, pp. 111 ss.
16. A. Tejera Gaspar. "Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 26. Madrid 1985.
17. G. Bonsor. *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*. Paris 1899.
18. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, pp. 5-6.
19. J. A. Fernández. Ob. cit. 1974, p. 14.
20. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 9, nota 3.
21. J. M. de Cossío. *Los Toros. Tratado técnico e histórico*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid 1981, tomo I, pp. 764-765.
22. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 10.
23. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 13.
24. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 14.

25. J. Bonsor. "El terremoto de 1504 en Carmona y en Los Alcores". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. Madrid 1918, tomo XVIII.
26. J. Bonsor. Ob. cit. 1922a, p. 3.
27. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, pp. 14 y 25.
28. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 19.
29. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 20.
30. A. Schulten. *Tartessos*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid 1942. Colección Austral 1471, p. 262.
31. J. Bonsor. Ob. cit. 1922b, p. 8.
32. J. Bonsor. "Tartessos. Excavaciones practicadas en 1923 en el Cerro del Trigo. Término de Almonte (Huelva). Memoria de los trabajos realizados en dichas excavaciones". *Junta Superior de Excavaciones 97*. Madrid 1928, p. 6.
33. J. Bonsor. Ob. cit. 1928, pp. 9 ss.
34. J. Bonsor. Ob. cit. 1928, p. 27.
35. J. Bonsor. Ob. cit. 1928, pp. 27-28.
36. J. Bonsor. Ob. cit. 1928, pp. 21 ss.
37. J. Fernández Jurado. "La presencia griega arcaica en Huelva". *Excavaciones en Huelva 1/1984*. Diputación de Huelva.
- J. Fernández Jurado. "Arqueología Protohistórica de Huelva". Tesis Doctoral (inédita). Universidad de Sevilla 1988.
- J. Fernández Jurado. "Tartessos y Huelva". *Huelva Arqueológica X- XI (en prensa)*. Diputación de Huelva.
- Desde 1982 el equipo de la Sección de Arqueología de la Diputación de Huelva, bajo la dirección de Jesús Fernández Jurado, viene realizando de forma continuada excavaciones arqueológicas en el casco urbano de Huelva.